

INTRODUCCIÓN

Todos los artículos contenidos en este volumen* son una variación de un mismo tema. En mis trabajos, he descubierto, hay una coda. Desde hace varios años, la argumentación ha sido mi preocupación central en torno a Aristóteles.

Esta preocupación, a su vez, está alimentada por una todavía mayor, a saber, que la filosofía debe ser intersubjetiva y que, sin embargo, existe una frontera infranqueable de mente a mente. Por supuesto, éste es el gran problema de la historia del pensamiento y, sin temor a exagerar, el de la convivencia humana.

Como bien se sabe, Sócrates, Platón y Aristóteles se enfrentaron a una crisis particular en la historia de la filosofía, la sofística. Estos filósofos, a su manera y con estilos muy particulares (Sócrates desde la ironía, Platón desde la alegoría y Aristóteles desde el método científico y la confianza en la razón) intentaron responder a las preguntas que se les plantearon. Aunque también, parte de la respuesta que dieron consistió precisamente en demostrar que algunas cosas, simplemente, no deben cuestionarse. Entre ellas, me pregunto si cabe la confianza en la necesidad de argumentar. En cualquier caso, es un tema del que se puede discutir.

Algunos de los temas príncipes que se disparan de aquí incluyen la argumentación de los principios, el tema del conocimiento moral, y el valor de otras vías de conocimiento o racionalidades alternativas. Hoy por hoy,

* Realizado con apoyo del proyecto CONACYT 2002-C01-42166 (México).

considero que la filosofía debe enfrentarse a estos temas. Debemos saber cómo argumentar o cuáles son los principios que uno debe adoptar y defender y, a la vez, probablemente sea sensato reconocer que la filosofía no tendrá la última palabra. Es decir, debemos reconocer que las fronteras entre disciplinas son porosas, que existe la posibilidad de incidir en la mente del otro.

Bajo esta perspectiva, decidí ordenar los artículos de la siguiente manera: La primera parte está constituida por una serie de artículos que lidian con la argumentación. Entre ellos, decidí colocar en primer lugar el artículo *Sensatez aristotélica: ¿una virtud epistemológica?*, pues considero que de alguna manera marca la pauta para el resto de los textos. Si bien para algunos podrá resultar el “más suelto” de todos, ya que se trata más de un comentario y una reflexión que de un artículo riguroso, este ensayo brinda ciertas claves para comprender incluso la manera del proceder aristotélico en su vertiente más dura. En este primer capítulo trato de demostrar que el *modus operandi* del Filósofo es el sentido común. Esto supone una moderación tanto en las elecciones metodológicas que hizo, así como una cierta mesura para argumentar con rigor, dado el caso. De la misma forma, este texto sirve como detonante para otros temas que se tratan más tarde: la virtud para elegir un método apropiado, la argumentación en la ética, el lugar que tiene la metáfora analógica en la argumentación aristotélica, así como algunos saltos no argumentativos en Aristóteles. (Una versión ligeramente distinta de este texto fue publicado en *Sensus Communis*, Vol 1, n° 4, 2000, bajo el título *Is Aristotle's Common Sense an Epistemological Virtue?*)

Sobre la línea de la importancia de argumentar a favor de los primeros principios, escribí *La doble dimensión de la metafísica aristotélica: axiomas y usos argumentativos*. Como el título lo indica, en este texto intento demostrar la relación patente que existe entre la argumentación y la metafísica, particularmente la argumentación contra el sofista o todo aquél que pretenda refutar los primeros principios, especialmente el principio de no contradicción. Al final de este artículo, empero, comienzo a coquetear con la idea de una argumentación no estrictamente intelectual.

Aristóteles vs. Protágoras: la refutación de la necedad, que inserté a continuación, sigue una línea clara y ascendente en el estudio de la argumentación que lidia con el sentido común, particularmente con su modalidad de reducción al absurdo. Ante la necedad, intento demostrar en este artículo, pareciera que el único camino es mostrar ante una comunidad el

INTRODUCCIÓN

error en el que está cayendo el contrario –que es, de alguna manera, una versión de dar una ligera bofetada. Elegí este artículo para ocupar el último lugar de la primera parte, pues se trata de un caso particular en el que el sentido común, del que ya se habían estudiado sus generalidades, se utiliza en una argumentación.

Estos temas se engloban de manera más puntual en la segunda parte, donde recopilé artículos que tratan con la argumentación en una ciencia en particular: la ética. El primer texto de este apartado es *Lógica y ética en Aristóteles*, donde abordo el tema de la argumentación en la ética y la manera en la que puede constituirse como ciencia. En este artículo también elaboro un discurso sobre la subsiguiente ambigüedad que parece caracterizar el estatuto científico de la ética, con énfasis en los límites de la argumentación ética. Este texto, de alguna manera, intentará darle un mayor orden a las ideas que se han elaborado en sus predecesores. (Parte de este texto fue publicado bajo el título *Logic and ethics in Aristotle: Notes on the Argumentation in Nichomachean Ethics*, en *Beiträge zum Satz vom Widerspruch und zur Aristotelischen Prädikationstheorie*, por la editorial Georg Olms, Hildesheim, 2000.)

Sin embargo, si se trata de un comentario puntual y preciso, *Órexís, télos y phýsis, un comentario con ocasión de Etic. Nic. I, 2, 1094a 18-22*, es el lugar donde me vuelco de manera completa sobre un argumento aristotélico en particular. Este pasaje de la *Ética nicomaquea* aborda un problema concreto, a saber, la relación entre el sentido de la acción humana y la teleología del mundo natural. Como veremos, a partir de este pasaje se desprende la apuesta total sobre la que se sostiene el *Corpus aristotelicum*: la apuesta por el sentido. (Este artículo está inspirado en un manuscrito publicado en *Acta Philosophica: rivista internazionale di filosofia*, fascículo 1, volumen 5, año 1996.)

Dada esta, digamos, confianza universal en que existe un orden y un sentido o que al menos conviene hacer la apuesta por éste, ¿*Vale la pena argumentar en ética?* *Amistad, creencia y retórica en Aristóteles* elabora una apuesta del mismo orden pero a un nivel más particular y con algunas consecuencias morales, así como argumentativas. En este artículo me detengo especialmente en la importancia que tiene la amistad en la argumentación ética y moral, la confianza que existe entre amigos y que, incluso, en ocasiones puede suplir una argumentación farragosa. El ruido de fondo, como se verá, es que hay cosas que, como ya hemos dicho, no deben

cuestionarse. (Este capítulo reproduce el artículo publicado en *Tópicos* 28, 2005.)

Posteriormente, en *La argumentación aristotélica contra el socratismo* procuro mostrar que Aristóteles, al carecer de una teoría de la voluntad suficiente, se encierra en un cierto intelectualismo. Podría pensarse que este es un paso hacia atrás respecto del artículo anterior o la línea que he pretendido seguir, sin embargo, me parece de vital importancia el estudio elaborado por Aristóteles sobre uno de los antitipos morales más curiosos que se estudian en *Ética nicomaquea*: la *akrasía*. El tema es particularmente interesante, pues el estudio de esta especie de patología moral, la incontinencia, se presenta en Aristóteles como una crítica al intelectualismo socrático, donde es imposible que alguien que juzgue rectamente pueda obrar de manera errónea. La crítica de Aristóteles al socratismo puro, sin embargo, también es un esfuerzo por comprenderlo –mismo que, como veremos, lo llevará a su propio intelectualismo.

De hecho, sólo en su explicación del incontinente Aristóteles cede un poco a su propio intelectualismo, herencia clara de algunas teorías socráticas. Pero esta concesión no es suficiente para elaborar una teoría de la voluntad que la conciba como un elemento de la moralidad de alguna forma separado del intelecto –teoría sólo encontrada más tarde en la tradición medieval.

Finalmente, en esta segunda parte que ha tratado particularmente con la argumentación en la ética, incluí *Noûs y phrónesis: Un comentario a Etic. Nic., 1143a 32-b 5*. Para rematar, argumento en este artículo que así como para captar los primeros principios se necesita de un salto no argumentativo, sucede lo mismo con algunas virtudes, como la prudencia, en la que se da un salto del mismo orden. De hecho, este elemento no discursivo, argumento en el artículo que le sigue y que está íntimamente relacionado, se encuentra en algún momento clave de todas las ciencias. Esto lo estudio con mayor detenimiento en *Intuición y conocimiento del singular en Aristóteles*. (Una primera versión de este texto se publicó en *Anuario filosófico*, volumen XXXII/1, 1999).

La tercera parte del libro está constituida por un extenso artículo titulado *Metáfora, definición y obscuridad en Aristóteles*. (Para cuya elaboración utilicé parte del texto “Definición, metáfora y *asápheia* en los *Tópicos*”, publicado en *Anuario filosófico*, XXXV/2, 2002). En éste, pretendo elaborar un estudio detallado de la metáfora analógica y su lugar en el *Corpus* aristotélico. Mi acercamiento al tema fue cauteloso y esquemático

INTRODUCCIÓN

pues la preocupación era observar, en primera instancia, la manera en que funciona lógicamente la metáfora analógica, misma preocupación que dirige el uso de la metáfora en el *Corpus*. Esto supone, para mi texto, que la metáfora es un tipo de conocimiento legítimo y analizable con cierta importancia dentro de la metafísica y la elaboración de la ciencia aristotélica.

Sin embargo, también en el texto se toma en cuenta que Aristóteles desconfía, a pesar de su amplia recomendación en *Poética* y *Retórica*, del uso de la metáfora; precisamente por su obscuridad y las posibles confusiones que podría provocar sobre algún tema. Aristóteles, intento demostrar en este apartado, aboga siempre por la claridad, especialmente cuando se necesita de una metáfora para explicar algún tema o para hacer más detallada una definición. El Filósofo sabe que la metáfora se utiliza a menudo como el último refugio de la imprecisión, pues este recurso retórico puede ser el más sugestivo y permisivo de todos. Aristóteles lleva a cabo el uso más científico posible de la metáfora.

El artículo, por esta misma razón, se concentra o acota el tema particularmente en el de la metáfora analógica, en la función de hacer más cercano lo lejano a través de una analogía con un referente conocido. Paso por alto otras funciones de la metáfora que, sin embargo, menciono cuando desarrollo el tema de la naturaleza de la metáfora. También relevo un estudio sobre la manera en que la metáfora es una forma de nombrar lo inédito en un sentido amplio, de conocer lo que no ha sido conocido con antelación, es decir, el carácter originario que posee, carácter compartido con el mismo concepto. Paso por alto este importante carácter metafórico pues no es de relevancia para Aristóteles.

Finalmente quiero agradecer su ayuda en la redacción del texto a Guillermo Núñez, Daniel Vázquez y Julián Zárate. También quiero agradecer a mis colegas Marcelo Boeri, Vicente de Haro, Luis Xavier López, Alberto Ross, Ricardo Salles, Carmen Trueba, Alejandro Vigo y Franco Volpi por haber discutido en diversos momentos algunas partes de este texto.